

se conoce por las cosas criadas, que ántes dudaria de mí si vivo ó no vivo, que dudar de ella. Así habla el santo en el libro sétimo de sus *Confesiones*; y así hablarán precisamente cuantos abran sus ojos para ver los cielos y la tierra; ese admirable y precioso edificio, el mas vasto en su extension, el mas regular en su arquitectura, el mas vario y magnífico en sus adornos. ¿Puede el hombre levantar su vista á los cielos sin asombrarse de su incomprensible grandeza, de la multitud y resplandor de los astros que en él brillan, y de la rapidez y la regularidad de sus periódicos movimientos? ¿No anuncia todo la mano omnipotente que los fabricó, y la sabiduría infinita que los gobierna? ¿Puede poner sus ojos en la tierra sin admirarse de la prodigiosa fecundidad de sus senos, de la variedad y utilidad de sus producciones, de la hermosura de los colores que la adornan, y de las riquezas y maravillas que en sí contiene? ¿Puede mirar el conjunto de las aguas en los mares, sus flujos y reflujos, sus majestuosos movimientos, ó sus deshechas borrascas, la infinita muchedumbre de peces que los habitan, los canales y conductos subterráneos por donde corre y se filtra para subir á los montes, bajar á los valles, regar los campos, formar los rios y las fuentes, y volver por último á sus antiguos senos, para circular otra vez y muchas veces desde el mar á la tierra, y desde la tierra al mar, y todo para la utilidad de los hombres: ¿puede, digo, la criatura racional mirar tantos prodigios, sin reconocer la omnipotencia y sabiduría de Dios que todo lo cria, todo lo dirige y todo lo conserva? Haz, hombre racional, por tí mismo la experiencia. Toma cuando salgas por el campo una yerba en tu mano, toma una flor, una hoja de un árbol, un arbusto ó cualquiera otro vegetal: usa de tu entendimiento y considera, ¡qué hermosura, qué gracia, qué proporciones, qué delicadeza del todo y de cada una de sus partes! ¡Asómbrate al ver como un poco de humedad de la tierra pasando por las raíces, forma el tronco, los ramos, las venas, las hojas, los colores, los frutos y las simientes para la multiplicacion de otros seres semejantes! ¡Qué hermosura tan inimitable en los colores! Ni Salomon en el día de su mayor gloria se adornó jamas como un lirio de los campos. ¡Qué virtudes tan útiles para la salud de los hombres! Se tendrian por milagrosas, si se entendieran todas. ¡Qué alimento tan proporcionado para los animales! ¡Qué situacion tan triste seria

la nuestra sobre la tierra, si estos y aquellos nos faltaran! Examina hombre el insecto mas pequeño, considera el cuerpecito de una hormiga, y hallarás con la mayor evidencia una inteligencia suma que formó las primeras dos hormigas, de quienes por generacion ordinaria han sido propagadas las demas. Ellas ven, ellas oyen, ellas comen, andan, trabajan, acarrear los alimentos, los depositan en sus almacenes, los conservan, crian sus hijos y hacen otra multitud de cosas que piden necesariamente ojos, oídos, boca, piés, brazos, estómago, músculos, tendones, ligamentos, sucos nérveos y otra infinidad de sentidos y órganos delicadísimos, que unos se ven con los ojos, otros se descubren con los microscopios y otros se ocultan á las mas exquisitas investigaciones; pero que se suponen precisamente para el movimiento y manutencion. Podrás negarlo? Respóndeme de buena fe. Si las primeras hormigas tuviesen tal juicio é inteligencia, que comprendiesen bien todo su mecanismo ó sea la disposicion de sus miembros interiores y exteriores, esto supondria grande poder y sabiduría en el que les dió aquel juicio é inteligencia. Sin la menor duda. Y si sobre esto pudiesen aquellas hormigas tener habilidad para ir formando otros cuerpos orgánicos semejantes á los suyos, ya esto demostraria mayor poder y sabiduría en el que se la dió. Es evidente. Y si ademas de todo esto supieran las hormigas enseñar á sus hijos cómo habian de formar otros hijos, y estos á otros por la carrera dilatada de muchos siglos, ya esto seria probar incomparablemente mayor la sabiduría y poder del que tal virtud les dió. No es esto? Indubitabilmente. Pues ahora, ¿cuánta mayor inteligencia, cuánto mas grande poder es preciso dar al Criador de las primeras hormigas, y lo mismo decimos de todos los demas animales, para que ellas puedan hacer cuanto hemos dicho, sin haberles dado el juicio ni la inteligencia? ¿Cuánto poder, cuánta inteligencia debemos suponer en un relojero que trabajara un reloj finísimo, delicadísimo, arregladísimo, si este reloj por sí mismo hiciera otros relojes tan exquisitos y concertados como el primero, y aquellos otros hicieran otros innumerables? No seamos rebeldes á la luz: ¿qué otro que un ser eterno, omnipotente, infinitamente sabio, podria ser el autor de una obra tan perfecta como es la de cualquier insecto? Luego existe.

He dicho con advertencia un Ser eterno, porque aquel que

ha criado las primeras hormigas, las primeras abejas, los primeros animales, los primeros hombres, en una palabra, el universo entero con todas las criaturas que en sí contiene, debía existir ántes de criarlo, porque primero es existir que obrar, y debía existir por sí mismo, por la necesidad de su naturaleza, sin dependencia de otro; pues si dependiese de otro, ya no sería eterno, porque el otro de quien dependía, sería ántes que él; y si el otro dependía de otro, era menester ir subiendo hasta lo infinito contra todas las luces de la razón, ó vendríamos á parar en un primer Ser, principio de todos los otros, y ese sería el eterno y el único, el verdadero y solo Dios. Dije también un Ser omnipotente, porque no hay mas que un poder infinito que pueda criar, dando ser á lo que no le tenía, y sacando las cosas de la nada. Alterar los seres, trasformarlos, colorearlos, precipitarlos, disolverlos, dividirlos, desmenuzarlos y hacer otras operaciones como estas, ya lo pueden ejecutar los hombres, los ángeles y los demonios; pero desde la nada al ser hay una distancia infinita, y solo el Todopoderoso puede vencerla, como lo verificó sacando las criaturas de la nada.

Dije por último, un Ser infinitamente sabio, porque sola una inteligencia infinita pudo concebir y verificar la idea de una máquina tan inmensa, tan regular y constante en sus movimientos, y que constando de una infinidad de piezas todas diferentes, se hallen sin embargo tan ligadas entre sí, y obren con tanto concierto, que todas se muevan y marchen en virtud del primer impulso que las dió el Criador en el principio. ¿Quién extendió esa inmensa bóveda de los cielos? ¿quién colocó las estrellas en el firmamento? ¿quién dió el ser á la luz? ¿quién dividió la luz de las tinieblas? ¿quién les asignó su lugar á cada una? ¿quién dió al sol y á la luna aquellos movimientos tan constantes é invariables, para que sean señal de nuestros días, nuestros meses, nuestros años y nuestros tiempos? Si una inteligencia infinita no preside en el mundo, ¿quién proporciona las estaciones del invierno y el verano, la primavera y el otoño? ¿Quién puso los fundamentos á la tierra, y la rodeó por todas partes del aire, de modo que solamente se sostenga sobre el centro de su misma gravedad? ¿Quién congregó las aguas?... Pero no nos hagamos interminables: abreviemos, estrechando á los ateístas: el mundo que vemos y habitamos, ¿es eterno, ó temporal? ¿le crió Dios ó le formó el acaso? Respóndase lo que

se quiera: si el mundo es temporal y le crió Dios, Ser eterno, omnipotente, é infinitamente sabio, estamos de acuerdo, y se acabó felizmente la cuestion: si es temporal, y no le formó Dios, se formaría él por el acaso. Si alguno respondiera así, yo le preguntaría, si hablaba de buena fe. Porque si estando él y yo con otros varios sugetos, viendo y admirando el soberbio monasterio del Escorial, ó la hermosa casa del rey, conocida en Aranjuez con el nombre del Labrador, dijese yo que un día habian aparecido formados aquellos dos bellos edificios por un caso fortuito, con todas las proporciones de su admirable arquitectura en el uno, y con todas las inexplicables preciosidades del otro, ¿podrian contener la risa los que me escuchasen? ¿Dejarían de destinarme á la casa de los dementes como un loco el mas rematado? Pues, carísimos hijos míos, si es imposible con toda imposibilidad que el Escorial con todas las majestuosas y arregladísimas proporciones de su fábrica; que la casa del Labrador con los finísimos relojes que contiene, con las riquísimas alfombras que la cubren, con las costosísimas mesas y demas preciosísimos muebles que la hermosean, sean obras de la casualidad; ¿cómo podrá serlo este edificio admirable del universo, en cuya comparación son una negra sombra y un borron feo todas las obras mas perfectas y bien trabajadas de los hombres? La casualidad, dicen, formó el mundo en el principio. Qué es casualidad? es criador ó criatura? ¿Se le acabó en el principio todo su poder, ó conserva alguno? ¿Cómo es que desde el principio del mundo no ha vuelto á producir ni una paja, ni un insecto, ni un árbol, ni cosa alguna? ¿cómo siendo entónces tan fecunda y tan rica la señora casualidad, ha quedado tan pobre y tan estéril en todos los siglos? Pobre casualidad! Sin duda agotaste tu poder, aniquilaste tu naturaleza, y te condenaste á una inaccion eterna! Pero yo me engaño, señores. Si la casualidad formó el mundo, la casualidad le conserva, y esta casualidad se repite periódicamente cada año, cada mes, cada dia, cada hora y cada instante, tan invariable y constantemente como todos lo vemos y tocamos. Ved ahí una evidente contradiccion: ser casualidad, y observar reglas fijas, periódicas é inmutables. Todos vemos que el cielo, las estrellas, el sol, la luna, el mar, la tierra, en una palabra, los globos terrestres y celestes observan las reglas mas constantes y fijas en sus operaciones. Pues dónde está el acaso? ¿ó cómo la casua-

lidad les dió esta armonía, este orden, estas reglas tan fiel y exactamente observadas? Reflexionád en qué abismo de absurdos, contradicciones y necedades se precipitan necesariamente los ateos. Y ello es que no hay efugio, ni tergiversacion; porque si el mundo es temporal, y no le crió Dios, precisamente le ha de haber formado la casualidad. Esta fábrica tan majestuosa, tan armónica, tan arreglada, tan bella, que por todas partes nos demuestra una inteligencia infinita y un poder ilimitado en quien la formó, compele y precisa á los que niegan la existencia de Dios, á darle por artífice el ciego acaso, que en sustancia es nada, que nada produce, nada forma y nada ha hecho, ni hará jamas. ¡Espantosa alternativa, que humilla, avergüenza y confunde á los partidarios del ateísmo!

Ya no les queda mas recurso, que apelar á la eternidad de la materia. Pero esto se llama, ir de mal en peor, hasta formar una cadena de los mayores despropósitos, errores y extravíos del entendimiento humano. Para demostrarlos, volvamos á preguntar, ¿qué es casualidad? Es, nos responden ellos, el fortuito ó ciego encuentro de los átomos, que girando en el vacío inmenso por toda la eternidad, ya se unian, ya se separaban, ya formaban, ó ya descomponian, con sus choques y encuentros, varios cuerpos irregulares y monstruosos, hasta que por una extraña y rara casualidad se combinaron aquellos átomos cilíndricos, ovales, cuadrados, triangulares, piramidales y ramosos; de tal suerte, que formaron esta hermosa máquina de los cielos y la tierra con cuantas criaturas en sí contienen. ¿Habéis oído jamas en un período tan pequeño disparates mas grandes? ¿Queréis por vosotros mismos convenceros de esta verdad? Tomád los caracteres del alfabeto de la oficina de un impresor, y arrojádlos millones de veces sobre una mesa, y avisádme luego que la casualidad haya formado siquiera este renglon solo: en el principio crió Dios los cielos y la tierra. Volvédlos á arrojar por millares de siglos, y no dejéis de participarme la agradable noticia de que la fortuita union de las letras nos dió la *Araucana* de Ercilla, ó la *Galatea* de Cervántes, ó si el acaso nos compone el *Kémpis*, ó el *Memorial de la vida cristiana* del incomparable Fr. Luis de Granada. Pero no nos detengamos mas en tantos despropósitos juntos; ciñamos nuestras reflexiones á estas dos solas palabras: átomos eternos movibles. Aquí tenemos, segun este sistema, una materia que existe por sí misma,

que existe por su propia naturaleza, y que no puede ser limitada en su esencia y perfecciones, ni por sí misma, ni por otra causa extranjera. Porque, ¿cómo podremos figurarnos una criatura anterior á la eternidad, y una materia superior y mas fuerte que la materia misma? Todas estas serian evidentes contradicciones. Ahora pues, si la materia no puede ser limitada por sí misma, ni por otra causa extraña, la materia es infinita en su naturaleza y perfecciones. No hay efugio. Luego un grano de arena, que es materia, será precisamente infinito, lo que es evidentemente falso y absurdo. Adelantemos otro paso. No hay hombre que haga uso de su razon y no confiese la evidencia de esta verdad: tres y tres son seis: un todo tiene dos partes iguales; pues no es ménos evidente que si la materia es eterna y existe por sí misma, como supone el sistema sobredicho, esta materia ha de tener alguna modificacion ó manera de ser; porque es imposible con toda imposibilidad que podamos concebir la materia sin alguna modificacion ó modo de ser, y esta modificacion ha de ser eterna como la materia, inseparable de la materia, y esencial á la materia. Luego si la materia estaba en movimiento desde la eternidad, y este movimiento le es esencial, eterno é inseparable, es imposible que la materia pueda llegar al estado de reposo y de quietud; y si estaba en estado de quietud y de reposo desde la eternidad, siendo este reposo, esta quietud y esta inercia de la materia, esencial é inseparable de ella, la será imposible ponerse en estado de movimiento. Uno de los dos estados es inevitable: elijase el que se quiera, y todos verán que uno y otro son evidentemente falsos.

¿Queréis vosotros, hijos míos, tocar esta verdad con todos los sentidos? Ponéd sobre una mesa ó en cualquier otro sitio, una losa de mármol. No la mováis, ni permitáis que otro la mueva: veréis que ella se está quieta siempre. Pasarán dias, años, siglos, y ella quieta; de suerte que si en toda la eternidad una fuerza extraña no la saca de su inercia ó natural estado de reposo, quieta é inmóvil permanecerá eternamente. Pues ahora, carísimos, respondédme: el sol es materia; la luna, las estrellas y la tierra son materia; ¿quién dió movimiento á los globos celestes y reposo al globo terrestre? Todos ellos son materia: la razon y la experiencia demuestran que la materia no se mueve si no la mueven; ¿quién pues mueve á los que se

mueven? Acabemos gloriosamente de confesar, que hay una Inteligencia eterna, justa y omnipotente, que crió en el tiempo oportuno la materia; que la dió indiferencia para el movimiento y el reposo; que la mueve segun el propósito de su adorable voluntad, sacando de la nada todas las cosas con su omnipotencia, conservándolas, dirigiéndolas y encaminándolas á sus fines, conforme á las leyes que las dió. Confesemos que los cielos nos dan noticia de su gloria, y el firmamento dice que es obra de sus manos; que todos los elementos afirman, que Dios los hizo; y el mar y los rios, las fuentes y los lagos, la tierra y los frutos, los animales, las aves y los peces, todos publican su existencia. Confesemos que la admirable máquina del cuerpo humano, la union prodigiosa de su espíritu, las relaciones que mantiene con el mundo y con sus semejantes; la dependencia que el alma tiene del cuerpo, y este del alma; las comunicaciones de sus placeres y trabajos, de los vicios y las virtudes, siendo unos seres tan diferentes; en suma, el hombre en sí mismo, y el hombre con relacion á todo el universo, nos prueban claramente, cierta é indubitablemente la existencia de Dios. Unicamente cerrando los ojos con obstinacion, dejarán de verse estas verdades; tapiando los oidos, no se oirán; enmudeciendo con terquedad, no las publicará la lengua; y no usando de la razon, dejarán de confesarse. Mas si el hombre abre los ojos, usa de sus sentidos y raciocina, su cuerpo, su alma y todo el universo le demostrarán irresistiblemente la existencia de Dios.

Creemos pues la existencia de Dios, confesémosla, publíquemosla, para que todos los hombres esperen su proteccion, porque es omnipotente; teman sus castigos, porque es justo; y amen sus perfecciones, porque es infinitamente bueno, misericordioso y santo. Sí, hijos míos; temamos, porque nos puede quitar como á los incrédulos en justo castigo de su incredulidad, el reino de Dios, y dársele á las naciones que ahora viven en las tinieblas del pecado, y sentadas en las sombras de la muerte. Ellas entónces, iluminadas por la fe, obrarán por la caridad como hijos de la luz, y nosotros nos quedaremos entre los hijos de Belial, como desconocidos é ingratos á los beneficios del Señor. Temamos á Dios por la grandeza de su justicia, por la profundidad de sus juicios, por la inmensidad de su majestad, y por la muchedumbre de nuestros pecados. Temamos

á Dios, delante de quien tiemblan las Potestades, se estremecen las columnas del cielo, y se conturban los reinos de la tierra. Temamos á Dios, esperemos en Dios, y amemos á Dios. Estas tres virtudes nos harán felices en la vida, felices en la muerte, y felices eternamente en la gloria. Amen.